

**Instituto de Investigaciones Gino Germani**

**VII Jornadas de Jóvenes Investigadores**

**6, 7 y 8 de noviembre de 2013**

**Damián Fasciolo**

**Facultad de Ciencias Sociales | Universidad de Buenos Aires**

**damianfasciolo@hotmail.com**

**Eje 4: Producciones, Consumos y Políticas estético-culturales. Nuevas tecnologías.**

**“La Nueva Religión”**

“La mente intuitiva es un regalo sagrado y la mente racional es un sirviente fiel. Hemos creado una sociedad que honra al sirviente y ha olvidado el regalo”

Albert Einstein

El pensamiento romántico resultó vencido por el pensamiento científico de la razón técnica. El poeta supo ser otra fuente de conocimiento anclado en ideas de sentimiento, patria, amor y nacionalidad. Habermas plantea que hay tres esferas que organizan la racionalización del mundo: la cognitiva, donde reina la ciencia, la normativa donde se sitúan las problemáticas éticas y su aplicación y la expresiva que incluye el arte y la estética. La idea de Habermas es que las tres esferas se relacionen entre sí, y que no se puede transformar toda la sociedad desde una sola esfera. Sin embargo, hay algo que claramente domina a las tres: el dinero. El capital logró convertir los contenidos de cada una de las tres esferas en meras mercancías. Las mercancías remiten al dinero y justamente a través del dinero se intercambian. La mayoría de los defensores de la modernidad entienden que la ciencia es el camino hacia la verdad. La ciencia derivó en la razón técnica que a su vez siempre fue estimulada por el capital. Por lo tanto, el recorrido que ha dado la esfera cognitiva nos podría hacer pensar que en realidad el camino hacia la verdad no es otro que el que propone el capital. Por el lado de la esfera normativa, hace tiempo parece haber cedido espacio ya que prácticamente no hay moral, ética ni normas estatales que puedan hacerle frente al capital. Marx dirá que la burguesía ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Esto no significa que las antiguas formas de honor hayan muerto, sino que fueron incorporadas por el mercado. Cualquier forma de conducta humana puede ser convertida en mercancía. Finalmente, la esfera estética pareciera ser la salvación, la única esperanza que nos queda. Un poeta puede acceder a saberes puros, saberes salvadores, incluso puede acceder a momentos de lo que mal llamamos conocimiento verdadero. Sin embargo, ¿cómo puede hacer ese afortunado poeta para transmitir al resto de los mortales aquello maravilloso a lo que ha accedido? Una vez más el dinero aparece como protagonista: se va a apropiarse de la esfera estética y la convertirá, como a las anteriores, en mera mercancía. La va a industrializar y a darle un valor de cambio, poniéndola a disposición de quien la quiera comprar y así acceder a su valor de uso. El mercado se presenta así como un socio fundamental de la posmodernidad ya que todas las críticas que pueden

surgir desde la esfera estética son institucionalizadas y apropiadas como las críticas que mantienen a la modernidad en curso, ya que la modernidad no es otra cosa que el pensamiento que avanza, junto con las reflexiones que implican ese avance. Ese entramado que parece ser un círculo vicioso está regido por las reglas del mercado. Es probable que al momento de dominar la esfera estética sea cuando el capital está mostrando su cara más amistosa pero al mismo tiempo la más cruel. Por un lado nos acerca todas esas reflexiones y obras estéticas, nos ofrece todo eso que nos distrae y nos entretiene. Pero por otro lado, nos lo acerca como bienes de consumo, a los que sólo podemos acceder si somos lo suficientemente “exitosos” como para tener algo de tiempo libre.

Jameson dirá que la emergencia del modernismo es contemporánea con la primera gran expansión de una cultura de masas y que lo que se acostumbraba estigmatizar como cultura comercial ahora es aceptado dentro de los recintos de un dominio cultural novedoso y expandido. En la sociedad de consumo actual, la cultura de masas es entendida como cultura dominante, cultura institucionalizada por el aparato estatal y por el capital, aliados inseparables que marcaron el curso de la modernidad. Actualmente el poder del capital trasciende cualquier Estado Nación y puede instalar fácilmente cualquier cultura comercial sin importar las fronteras. Marshall Berman recupera del Manifiesto la descripción que Marx hace del fundamento institucional de la modernidad: ante todo está el mercado mundial, que al expandirse, absorbe y destruye todos los mercados locales. La producción, el consumo y las necesidades humanas se hacen cada vez más internacionales y cosmopolitas. El ámbito de los deseos y las demandas humanas se amplía muy por encima de las capacidades de las industrias locales. Para que estos grandes cambios se desarrollen es fundamental que haya centralización fiscal, legal y administrativa. Surgen los Estados nacionales que acumularán poder, aunque el mismo se verá continuamente minado por el ámbito internacional del capital. Cualquier forma estatal mantiene un estrecho vínculo con las relaciones de producción, es decir, con la economía y su poder sobre la vida social. El Estado, entonces, es una pieza fundamental para la enajenación que el capital produce sobre los trabajadores, fetichizando la mercancía y convirtiendo a todos en meros consumidores. El Estado es consecuencia del capitalismo, pero también garantía de la conservación del mismo. Sin embargo, el Estado se muestra como un tercero neutral, ocultando la complicidad que mantiene con el capital. Para mantener esas relaciones

ocultas, deberá estar atento constantemente de su propia legitimación. Fomentar las nuevas tecnologías, explicar que las mismas brindarán sensación de bienestar y progreso para los trabajadores es una forma de mantenerse como socio fundamental de la que a esta altura parece haberse instalado como la única realidad posible, la verdad absoluta. La revolución industrial, la conformación del Estado Moderno, la ciencia positivista y la división internacional del trabajo fueron los principales cómplices para que la mercancía se haya apropiado de las condiciones sociales y fuera imponiéndose como única verdad absoluta y reinante. La acumulación de mercancía no sólo se apoderó de la economía sino de cada una de las esferas que determinan la vida en sociedad. Ya no hay herejes. No hay posibilidad de no rendirle culto al nuevo Dios: el mercado.

## **Técnica y Consumo**

“Vivir de tal modo que ya no tenga sentido vivir, eso es lo que  
ahora se convierte en el sentido de la vida”

Friedrich Nietzsche

El pensamiento ilustrado logró convencer a la mayoría de la sociedad que el progreso científico, tecnológico y por decantación económico garantizarán las bases de la felicidad. El mercado ha instalado la idea de que ser feliz es posible y para ello presenta una receta infalible: habrá que trabajar para poder contar con el dinero que nos permita acceder a esas dichas mercancías que nos hipnotizan prometiéndonos felicidad. Pero, ¿qué pasa cuando logramos acceder a esa ansiada mercancía y la supuesta felicidad no tarda demasiado en escurrirse por nuestras manos? No desesperemos, las reglas impuestas por el mercado no desconocen esa sensación y lo que proponen es que habrá que pensar en el continuo avance. Esto es, seguir trabajando y así poder acceder una vez más a las nuevas mercancías que aparezcan para satisfacer nuestras necesidades tan recientemente creadas. Aparecen así, la competencia, el fracaso, la culpa, es decir todas

características propias de lo que conocemos como infelicidad. Será tarea de cada individuo generarse las facultades necesarias para salir adelante y ser exitoso. De eso se trata. De este modo, el capital se apropia de la creatividad y el ingenio de cada uno y simultáneamente propone al individualismo como fórmula de éxito. Una de las herramientas con las que cuenta el capital para mantenerse es la competencia. Quién salga victorioso en dicha batalla será exitoso y el éxito sólo puede medirse en términos de consumo, justamente el principal motor del capital. La colonización total de la vida social se da cuando lo verdaderamente importante pasa por las posesiones, lo que conduce del tener al parecer, por el prestigio que supone brindar a los consumidores, y el posterior reconocimiento de sus pares.

Freud explicó que una de las características del análisis es que resulta interminable. El punto de llegada del proceso analítico será justamente comprender ese carácter de interminable propio del análisis. Con esto, Freud está queriendo decir que ninguna ciencia y ninguna técnica puede proponerse alcanzar la felicidad. Estamos en condiciones de agregar que tampoco ninguna mercancía será capaz de proveernos felicidad. Se puede valorar la riqueza por medio de la cantidad de bienes que se pueden consumir o bien por medio de la calidad del goce que la experiencia puede producir en el organismo. Por lo tanto, la riqueza puede ser considerada como proyección de tiempo acumulado en ganar poder de compra y consumo o como tiempo, concentración y libertad. Lo importante es no perder de vista que cuanto más tiempo dedicamos a la adquisición de bienes de consumo, menos tiempo tendremos para invertir en el goce, entendiendo por goce la felicidad. Sin embargo, el capital supo dar el giro lingüístico necesario para apropiarse de la idea de que los medios de consumo pueden brindarnos esa felicidad que proviene del goce. Lo peligroso es que el capital cuenta con los medios para instalar ese discurso prácticamente como una verdad absoluta y la sociedad en conjunto puede terminar creyendo que felicidad es lo mismo que consumo.

La sociedad de consumo ha logrado que todo lo que en la actividad humana existía en estado fluido y permanente, todo lo que se obtenía por medio exclusivo de la propia experiencia, pasamos a encontrarlo de manera concentrada, resumida, en forma de mercancía. Debord entiende que la sociedad del espectáculo es la sociedad en la que se cumple a rajatabla el fetichismo de la mercancía, la dominación de la sociedad por "cosas suprasensibles aunque sensibles". La experiencia sensible ha sido reemplazada por las supuestas maravillas de la evolución técnica. El mundo que percibimos con

nuestros sentidos parece estar mejor constituido, mejor conformado y por lo tanto puede entenderse que se va a disfrutar más, siempre que haya sido filtrado por algún dispositivo técnico. El consumo logró que todo se conciba en un sentido simbolista, todo cobra significado a partir de otra cosa. Cuando eso ocurre, no se encuentra nada que tenga sentido en sí mismo, nada tendrá poder real ni dará cuenta de algo verdadero. Las representaciones tomaron el control de la vida social y la experiencia ha quedado relegada. Cuando todo es representación de otra cosa se pierde la inmediatez de la experiencia, inmediatez que se refleja en el aquí y ahora, en el momento aurático de la experiencia estética. La hegemonía técnica desestima la experiencia, incluso brinda simulacros que intentan reemplazar esas sensaciones pero sin dejar nada al azar: en los simulacros técnicos la supuesta experiencia siempre es controlada, no hay posibilidad de sorpresas ni contratiempos. La estimulación sensorial por medios técnicos es siempre insuficiente, aunque muchas veces cumpla el objetivo de ocultar esa distancia. La dominación se vuelve aún más efectiva, cuando la cultura del consumo se instala de tal modo que los propios sometidos acceden con total libertad a las mercancías disfrazadas que no son otra cosa que mecanismos de control, artilugios para mantener el orden establecido y ocultar la verdadera experiencia, es decir, son los mismos sometidos los que por propia voluntad desacreditan justamente lo más atractivo de la incertidumbre.

### **Felicidad. Un proyecto incompleto**

Si se ve en el capitalismo una religión, el arte bien podría entenderse como la parte espiritual de la misma. Ya no en términos dogmáticos, no desde el martirio y las responsabilidades del credo, sino referido a la parte realmente espiritual, el momento de la experiencia, sin ser atravesada por el fetichismo, el momento puro, aurático del aquí y el ahora. Sin embargo, el arte entendido como lo entendemos actualmente, inmerso en el sistema económico vigente no logra escapar de la lógica mercantil y de ese modo no genera la trascendencia que promete. El arte como mercancía termina siendo lo que la imagen de los santos al cristianismo: Marx llama fetichismo a lo que ocurre cuando los productos de la mente humana semejan seres dotados de vida propia, de existencia independiente. El éxito de la economía interviniendo en la vida social queda de manifiesto desde el momento en que el carácter social de los trabajos privados sólo

aparece con el intercambio de mercancía, todos los distintos esfuerzos son reducidos a meros trabajos abstractos. Se pierde de este modo, toda comunicación personal directa entre los productores y cuando absolutamente todo está separado, el sistema mantiene su dirección y funciona casi naturalmente. El Estado, lejos de revelar las relaciones sociales entre los productos privados, lo que hace es encubrir, ocultar ese vínculo, colaborando para la supervivencia del giro lingüístico victorioso que ha dado el capital, para generar que el intercambio de mercancías sea la única forma mental aceptada por la sociedad en conjunto. La única verdad absoluta, incluso más allá de la ciencia. El triunfo de la nueva religión es el de convertir absolutamente todo en objeto de consumo, esa estetización triunfante será la que mantenga el orden vigente. El Estado desde las leyes, y el capital desde el desarrollo técnico, generan el flujo de consumo constante que mantiene ese sistema económico que simula estar en constante movimiento, cuando en realidad permanece inalterado. La sociedad de consumo se mantiene inseparable del Estado, la división del trabajo y la dominación de clase.

Para que el arte cumpla su función aurática, para que se lleve a cabo una experiencia trascendental, la misma no debería estar atravesada por los cánones impuestos por el Estado, el mercado y el consumo. Todos y cada uno de los seres humanos debería ser considerado un artista, con lo cual ya no existiría la categoría de artista, sino que la capacidad de crear, se confirmaría como la capacidad propia de la naturaleza humana, una capacidad distintiva y mágica, tanto como la parte verdaderamente espiritual de la religión. Claro que no se puede pretender semejante cambio sin modificar a su vez los medios de producción de la sociedad. Mientras tanto, el arte seguirá considerándose como una mercancía, y aquello que bien podría idealizarse como un escape emancipatorio, termina convirtiéndose en un martirio realmente espiritual.

Bibliografía:

Bataille, George. La parte maldita

Benjamin, Walter. Tesis de filosofía de la historia; El capitalismo como religión y La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica

Berman, Marshall. Todo lo sólido se desvanece en el aire

Bifo, Franco. La fábrica de la infelicidad

Castoriadis, Cornelio. Transformación social y creación cultural

Debord, Guy. La sociedad del espectáculo

Habermas, Jürgen. Modernidad: un proyecto incompleto

Irwin, William. Los Simpson y la filosofía

Jameson, Fredric. Ensayos sobre el posmodernismo

Marx, Karl, El capital

O'Donnell, Guillermo. Teoría de la burocracia estatal

Pico, Joseph. Modernidad y postmodernidad